

tas de sus servidores y caballeros, se holgó S. A. muy mucho, agradeciéndoles su buen comedimiento y deseo. Y á todos «mandó proveer de ayuda de costa: á unos acrecentando el partido, á otros mejorando de oficios, y á otros dando grandes favores como valeroso Príncipe, en quien está toda la liberalidad del mundo para dar y rescibir ¹.» Callen, pues, los detractores de D. Felipe, y llámenle con los antiguos Príncipe pío, espléndido, amigo de pobres, magnánimo, «al cual, en quien todas las virtudes concurren, su Divina Majestad guarde y dé victoria contra los enemigos de nuestra Santa Fe Católica y le tenga de su mano para remedio y abrigo de nuestra España ².»

III.

DON FELIPE EN INGLATERRA.

Quede para más holgada pluma que la mía el describir las fiestas lucidísimas que el conde y la villa de Benavente hicieron al Príncipe cuando por allí hubo de pasar para darse á la

¹ Muñoz: *Viaje*. . . . , página citada.

² Muñoz: *Viaje*. . . . , página 7. No se puede olvidar la diligencia y caridad del Príncipe en mirar por los hijos é hijas de sus criados; porque entendiendo quedar algunas aún doncellas, «las mandó meter en un Monasterio y que allí se les diese todo lo que oviesen menester bien y cumplidamente, y enseñasen toda buena doctrina y crianza y lo demás que cada una quisiese deprender, como es labrar, bordar y otras cosas virtuosas y aceptas fuesen al ejercicio de las virtuosas doncellas. Y para esto señaladamente las quedó renta, sin doce mil maravedís para el alimento de cada una.» «A los criados y criadas ya viejos dió, conforme al oficio y calidad, pero por todos los días de la vida de cada uno.» «Y á los niños pequeños de diez á doce años, mandó se llevasen á Alcalá de Henares para que allí se les diese estudio, de comer y camas.» «Allende de estas tan altas y maravillosas obras, mandó dar grandes limosnas á los Monasterios de muchas partes, y á otras muchas viudas, huérfanas y pobres en tanta cantidad, que no lo sabría explicar según su real magnificencia se extendió á tanto.» (Muñoz: págs. 8, 9 y 10.) Bendiciones merece el pecho en que tales y tan altos sentimientos de largueza y caridad cristiana se encerraban.

vela en el puerto de la Coruña. No fácil sería pintar sin el natural delante aquella comitiva magnífica y admirable de grandes de España, duques, condes, marqueses, mayordomos, oficiales de cámara, gentiles hombres, caballeros, capilla, ornamentos sacros y riquísimos; la entrada indescriptible y solemnísima en la Coruña por medio de arcos triunfales, en que se leían aquellas letras hasta hoy mismo celebradas: *No basta fuerza ni maña, contra el Príncipe de España*; las grandes procesiones y cantos de religiosos y de toda la clerecía que llenaban los aires y conmovían los corazones con los ecos inimitables del *Te Deum laudamus*; el número y magnitud espantable de las naos que formaban la armada real, imponentísima, en cuyo seno había de ir de estos reinos al de Inglaterra el mismo D. Felipe; los primores y lindezas artísticas de maderas finas, sedas, tejidos de oro y plata que ostentaba la cámara en que S. A. había de dormir, y en fin, tantas y tan grandes suntuosidades como ostentaba aquella real armada y comitiva. Callando todo eso, figúrese ya el lector con el espíritu en la Gran Bretaña y contemple allí los hechos tan memorables, atinados y prudentísimos del Príncipe Filipo ¹.

Habiendo llegado á aquellas islas, célebres en todo tiempo, el Príncipe D. Felipe, puso gran cuidado en dar ejemplos continuos de liberalidad y cristiandad á sus habitantes, habiéndose con ellos como padre con hijos. Sin mirar para nada respe-

¹ No se puede pasar en silencio el cuidado de D. Felipe en llevar consigo en este viaje hombres doctísimos y llenos de santidad como consejeros y directores de su conciencia. «Los Teólogos asalariados que S. A. lleva para consejo de conciencia son los siguientes: el Obispo Lanchano; Fr. Alonso de Castro, franciscano; Fr. Bartolomé de Miranda, dominico; Fr. Juan de Fresneda, francisco; el Dr. Gurrionero, canónigo de Zamora; el Maestro de la Torre, clérigo con 600 ducados de partido. Son los que S. A. mandó recibir por unos de los buenos de Castilla, según S. A. fué informado, aunque en particular los oyó predicar; que por ser tan doctos fueron recibidos por consejo de conciencia y predicar la ley evangélica en aquellas partes.» (Muñoz: *Viaje*, pág. 29.) Tras de estos fueron otros muchos sabios cristianos, sacerdotes y frailes de todas las Ordenes que el Príncipe fué llamando al trabajo de aquella viña destrozada y tan llena de zarzas del cisma y de la herejía.

tos humanos, oía Misa con suma devoción rodeado de tantos caballeros y grandeza española, que admiraba y comunicaba el calor de la fé católica á la frialdad de aquellas gentes cismáticas. En Antona (Southampton), puerto primero que abrió sus puertas y ofreció tierra á la comitiva real de España, salió S. A. el sábado á Misa: el caballero mayor inglés le puso á caballo, y todos los demás caballeros fueron con S. A. á la iglesia, donde se celebró la santa Misa con mucha solemnidad, á que asistieron todos ellos muy atentamente ¹. Y pasando de allí á la ciudad de Vicestra (Winchester), fué derecho el Príncipe á la iglesia mayor, en cuya puerta le esperaban tres Obispos vestidos de pontifical, y muchos clérigos y canónigos aguardando con sus cruces delante. Y entrando S. A. por la iglesia, acompañado de los principales del reino, Grandes de Castilla y muchos caballeros de aquella tierra, fueron todos en procesión hasta el altar mayor; y allí se cantaron las oraciones con tanta solemnidad «como lo podían hacer en la iglesia mayor de Toledo; que no movió á poca devoción» ².

No vaya alguno á sospechar, ó maliciosamente repetir, que D. Felipe, dominado de fanatismo, pasase entonces los días y las noches entre cilicios y disciplinas. Nó; el Príncipe español sabía muy bien dar á Dios lo suyo sin desatender jamás su estado y obligaciones. Si en verdad se le veía predicando con el ejemplo y el recogimiento cristiano en los templos católicos como arriba se leyó, también se dejaba oportunamente ver alegre y lleno de gentileza en las tertulias reales y saraos. «Y como ya hubiesen danzado gran parte de las damas y grandes con los caballeros, salieron los reyes y danzaron sendas alemanas muy graciosamente, donde las damas holgaron mucho de ver danzar á S. M. Duró el sarao *cuasi tres horas*, el cual fué

¹ *Viaje* de Muñoz, pág. 66.

² Muñoz, *Viaje*, págs. 68 y 69. Embarcóse, dice Porreño, en la Coruña á doce días del mes de Julio, y á diez y nueve surgió su armada en el puerto de Antona y desde aquí pasó á Vinchestre donde se efectuó el casamiento en 25 días de Julio, y en honra de este matrimonio el Emperador su padre le renunció el reino de Nápoles y el Estado de Milán. *Dichos y Hechos*; pág. 7.

hermosa cosa de ver» ¹. Las cuales palabras muestran harto bien cómo el Prudente Felipe, poniendo en práctica aquel adagio español, «lo cortés no quita lo valiente», desempeñaba por manera cabal su misión difícil, elevadísima y providencial de volver el reino de la Gran Bretaña al redil de la Iglesia católica romana ².

Y porque sea cual se debe ponderada la sabiduría y prudencia de D. Felipe con los ingleses en aquella sazón para llevar á cabo su intento heroico de ganarlos y tornarlos á los brazos del Catolicismo, débese traer ahora otro testimonio de gran peso é indiscutible autoridad. Lo ofrece el tan virtuoso como elocuente autor del *Cisma de Inglaterra*, obra recomendabilísima á toda clase de gentes, pero muy singularmente á los reyes y poderosos de la tierra. El Padre Pedro Rivadeneira, con efecto, en el capítulo IV de tan excelente tratado, enseña que no pudiendo el orgullo inglés sufrir la grandeza española en el reino británico, andaban sus naturales, efectuado el matrimonio, ariscos, secos, desabridos con los españoles, y disgustados por el casamiento del Rey. «Mas fué tan admirable, escribe aquel autor, la prudencia, y tan extremada la modestia con que el Rey se hubo en aquel reino, y la liberalidad que usó con los naturales dél, haciendo grandes mercedes á todos los que se habían mostrado leales y servido en sus trabajos de la reina, y conservado los fueros y leyes del reino, y no sacando dél interés alguno para sí, ni para los suyos, sino ántes dándole y enriqueciéndole con su hacienda y con la de mucha y lucida gente que por su causa acudía á él, que comenzaron á perder el

¹ Así ofrece Muñoz en su *Viaje*, pág. 76, uno de los bailes habidos en las estancias reales de Londres, después de verificado el matrimonio entre D. Felipe y la reina Maria.

² Estaba de tal suerte en la mente de los españoles, de los ingleses y demás naciones europeas de aquella época, el objeto y fin capital que con su segundo matrimonio había de lograr D. Felipe, que hasta en villancicos y cantos populares andaba poética y lindamente expresado. Hé aquí muestra de ello: Ya se recoge el ganado—inglés, que andab a perdido—*Por el pastor que allá es ido.*—¡Cuán alegre vivirá—Inglaterra pues dos—*Reyes tales le dió Dios!*—¡Qué acertada jornada—Ha hecho un Señor que sé—*Para aumento de la fé!*» Léanse completos en Muñoz, *Viaje*: páginas 82, 83, 84.

miedo que tenían y amar y estimar (fuera de los herejes), con extraña benevolencia, al Rey y á los de su corte»¹.

Debe caber ahora en esta segunda edición, ya que en la primera no salió á luz, la hermosa carta ó parte de ella en que Felipe II refiere al Papa Julio III la conversión de la Inglaterra cismática en católica. Dice así: «Muy Santo Padre: ayer escreví á D. Juan Manrique que dixese á V. S. ó le escribiese en quantos buenos terminos quedavan en este reino los negocios de la religión, y el dar la obediencia á V. Santidad, que es el principal. Ha sido servido nuestro Señor, á cuya bondad sola se debe atribuir, y á V. S. que tanto cuidado ha tenido de ganar estas almas, que oy día de S. Andres en la tarde, todo este reino, unánimes y conformes los que le representan; y con gran arrepentimiento de lo passado, y contentamiento de lo que venían á hacer, han dado la obediencia á V. S. y á esa S. Sede: y á intercesión de la reina y mía los absolvió el legado. Y pues él escribirá á V. S. todo lo que es passado, no diré yo, sino que la reina y yo, como tan verdaderos y devotos hijos de V. S., avemos recibido el mayor contentamiento que con palabras se puede encarecer, conociendo que demás de concurrir en esto el servicio de nuestro Señor, torna en tiempo de V. S. á ponerse en el gremio de su santa y universal Iglesia un reino como este; y assi no me harto de darle gracias por lo que oy se ha hecho. Espero en él que siempre conocerá V. S. que no ha tenido essa S. Silla hijo más obediente que yo, ni más deseoso de conservar y aumentar su autoridad. Guarde y prospere nuestro Señor la muy santa persona de V. Santidad como desseo.—De Londres á 30 de Noviembre M. D. LIIII. Muy humilde hijo de V. S.—El Rey.» Véase el tomo V de las cartas de S. Ignacio de Loyola, pág. 422. Dejando de lado la belleza literaria de esta carta, que es muy saliente, no se puede menos de admirar la modestia del Rey en atribuir la gloria de tan grande hazaña á la reina y al Papa cuando realmente era muy suya: y cómo ponía su mayor timbre y honrosa complacencia en ser hijo obediente del Vicario de Cristo, conservador

¹ *Cisma de Inglaterra*, por el Padre Rivadeneira, libro 2.º cap. XV; Madrid. 1869. Tomo sexagésimo de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

y acrecentador de la autoridad de la Santa Madre Iglesia.

No hay manera de dar cabida en este lugar, aunque la oportunidad lo pida, á la relación de los artificios infernales, de las conspiraciones heréticas y de tantas y tan diabólicas dificultades como el Rey de España tuvo que vencer y matar para llevar á su término la conversión de aquel desdichado reino. Baste recordar que se hallaba sepultada la Isla entera en las simas de la herejía, donde la había arrojado la sensualidad y tiranía del voluptuoso Enrique VIII. Mas quien minuciosamente apetezca conocer las rebeliones é inquietudes revolucionarias del conde de Devonia, del duque de Sufolcia, de Tomás Viato y de otros principales y poderosos de aquella Isla, que con violencias se oponían al bien de su patria y á la luz de la verdad, lea las célebres *Cartas de Wiliam Cobbet* y el segundo libro del *Cisma de Inglaterra*, del citado Rivadeneira. Baste solamente y por ahora referir que allanados todos los caminos merced á la sabiduría del Rey, á la virtud de la Reina, al celo del Cardenal Polo y á la benignidad del Padre Santo, convocáronse Cortes en aquel año de 1554, y en ellas se trató y efectuó la reconciliación del reino con la Santa Sede. El mismo D. Felipe, en carta que dirigió á su hermana la princesa de Portugal doña Juana, le decía: «Como nuestro principal intento era dar asiento en las cosas de religión con grande esperanza que nuestro Señor, cuya era la causa, ayudaría á nuestro buen deseo, hicimos todas las diligencias que nos parecieron convenir con los principales del reino, señaladamente para que tomasen bien la venida del Cardenal Polo, que para este efecto había sido nombrado por legado de Su Santidad»¹.

¹ Carta de Felipe II á su hermana la princesa de Portugal, publicada por el Padre Rivadeneira en el cap. XV del libro 2.º del *Cisma de Inglaterra*. Véase asimismo la obra excelente de Cobbet: *A history of the protestant Reformation in England and Ireland*. Dublin and London, 1875.—*Historia de la Reforma protesante en Inglaterra é Irlanda*.—Trata del reinado de la princesa María y de su matrimonio con Felipe II, en la Carta octava, desde la pág. 126 hasta la 148. No hay duda que la reina María era señora muy íntegra en la fe católica y religiosísima; porque según Burnet, *History of the Reformation*, vol. II, pág. 557; Oxford, 1816, sabía responder á sus ministros: «Más quiero perder diez coronas que poner en peligro la salvación de mi alma.»

Cuyas palabras por sí solas responden á los juicios infundados y torcidos de los enemigos fieros y mansos del Rey Prudente, y demuestran con toda claridad que no ambiciones ni deseos de más grande poderío le llevaron á contraer matrimonio con la Reina de Inglaterra, sinó la gloria de Dios, la salvación de la Gran Bretaña y el dar allí asiento firme á las cosas de religión. Estas causas y no otras movieron entonces á D. Felipe á dirigirse á los Estados, diciéndoles «que considerasen la merced que nuestro Señor les hacía en llamarlos de esta manera, y con cuánto contentamiento recibiría que mirasen y confiriesen sobre ello, y conociesen lo que debían á sí mismos, y á sus conciencias, y al bien universal que de la buena conclusión resultaría»¹. Y con tanta fuerza de persuasión fueron dichas estas y otras semejantes frases á los ingleses; tanto celo é industria santa desplegó entre ellos el Príncipe Prudente, que, atraídos los representantes de la nación al Parlamento, cayeron de rodillas ante la presencia del Legado de Roma el Cardenal susodicho, y pidiendo humildemente perdón de sus extravíos, fueron absueltos, «y ellos recibieron la absolución con mucha devoción y señales de arrepentimiento.» «Y hecho este acto, continúa la carta, bajamos á la capilla, y en nuestro acompañamiento el dicho Legado, á dar gracias á Nuestro Señor por esta crecida merced y favor como hizo á este reino, y particularmente á mí y á la Serenísima Reina, en servirse de nosotros en cosa de tanto servicio suyo y honra de su Santísimo Nombre»². Deben, pues, enmudecer, contemplando tales hechos y testimonios, las lenguas viperinas, detractoras del Rey piísimo; porque ellos solos predicán altamente que en cada cual de sus obras tenía S. M. delante

¹ Carta de Felipe II, publicada en el cap. XV del *Cisma*, por el Padre Rivadeneira.

² La misma carta de D. Felipe á su hermana Doña Juana, libro y capítulo citados. No se crea que Felipe II, para lograr la conversión de Inglaterra, se limitó al buen ejemplo y á obras de piedad, sino que «lors il appela les seigneurs espagnols qui estoient près de lui, et leur dit qu'il falloit désormais oublier toutes les costumes d'Espagne et vivre de tous points à quoy il vouloit bien commencer et leur montrer le chemin, puis se fist apporter de la biere de la quelle il beut.» *Ambassades de Noailles*, tomo III, pág. 287.

el ensanchamiento del Reino de Dios y el bien general de todos los hombres.

Otro nuevo documento, publicado en el V volumen de las *Cartas de San Ignacio de Loyola*, debe tener lugar aquí en esta segunda edición. Dice de esta manera: «Mi Señor en el Señor Nuestro: La suma gracia y amor eterno de Cristo Nuestro Señor sea siempre en nuestro continuo favor y ayuda.—Al principio de este año escribí á V. M., y después, sucediendo algo de nuevo, á Gonzalo Pérez, para que refiriese el efecto que había hecho con la buena memoria del Papa Julio la carta de V. M., en que le encomendaba el Colegio comenzado en Roma por el P. Francisco de Borja, siendo Duque de Gandía, concediendo S. S. 600 ducados de renta de su cámara y una reserva de 200 en toda Italia. Interviniendo la muerte del Papa, quedó imperfecto este despacho; y por ser cosa en que V. M. por su letra me había mandado entender con mucho calor, y la obra de suyo de mucha importancia para el divino servicio, instituyéndose en este Colegio más de cien personas hábiles de todas naciones, para la ayuda espiritual dellas he procurado se torne con el Papa que hoy es, á tratar de la fundación mesma; y á lo que se puede colegir, no se satisfaría tanto S. S. de confirmar la gracia hecha por el otro Pontífice, cuanto de hacer él de nuevo si le fuere escrito sobre ella por V. M. Persuádome en el Señor Nuestro que si se juzgare ser á mayor gloria suya, que V. M. (pues tiene, no solamente al P. Francisco de Borja, pero á todos los de esta mínima Compañía, como lo somos por cosa tan suya) será servido de favorecer este Colegio, que es el principal della, con sus letras. De mi parte, pues en negocio que yo había de suplicar soy mandado de V. M., excusado es ofrecer diligencia para que tenga efecto esta santa voluntad de V. M., como deseo y ruego á Dios Nuestro Señor lo haga en todas las cosas del bien universal que V. M. desea... De Roma, 1.º de Julio de 1555.» Por donde podemos colegir y aprender que Felipe II tuvo también la gloria de haber sido cooperador y protector muy grande en la fundación del Colegio Romano, siempre famosísimo en el orbe entero.

No ignoraba el Príncipe de España que los centros de en-

señanza son como las fuentes de las Repúblicas; las cuales matan si el agua es mala, y vivifican si el agua es buena. Por eso mismo, el primer cuidado de D. Felipe, después de realizada la conversión del Reino británico, fué reformar las universidades y seminarios de enseñanza pública, purificarlas y dejarlas limpias del veneno mortífero con que las habían emponzoñado los profesores herejes y cismáticos. Al efecto nombró comisiones de hombres doctos, insignes en virtudes y pureza doctrinal, para que visitasen aquellos centros y colegios docentes, arrojasen de las cátedras á los herejes y sospechosos de doctrina revolucionaria, y los reemplazasen con profesores probados en catolicismo y saber cristiano. En tan santa reforma tomó gran parte, por orden de D. Felipe, el célebre Carranza, más tarde Arzobispo de Toledo; Nicolás Ormaneto, Obispo después paduano y muerto en esta villa de Madrid, siendo Nuncio de Su Santidad ¹. Trajeron también de fuera del Reino, añade Rivadeneira, hombres señalados en piedad, letras y prudencia para esta reformación de las universidades. Entre ellos fué uno Fray Pedro de Soto, religioso de la Orden de Santo Domingo, varón en religión, doctrina y experiencia eminente, el cual había sido muchos años confesor del Emperador Carlos V y tenido mano en el gobierno de sus reinos ². Por las cuales muestras comprenderá el lector cuán buen sentido tenía el Príncipe en elegir y buscar hombres preclaros y obreros incansables para limpiar reinos de inmundicias heréticas y plantar en ellos altares, templos, colegios y monasterios ³.

¹ Rivadeneira, *Cisma de Inglaterra*, cap. XVIII del lib. 2.º

² *Cisma de Inglaterra*, lib. y cap. citados.

³ Apunta Cobbet en su *Historia de la Reforma Protestante*, y el mismo Padre Rivadeneira en el cap. XVII, lib. 2.º del *Cisma de Inglaterra*, que por causa de las medidas sabias y tan atinadas del Rey Católico, salieron del reino más de 30.000 herejes extranjeros, equivalentes á otros tantos centros de corrupción religiosa, y por consiguiente de perturbación del orden civil. ¿No es verdad que tales hazañas, llevadas á cabo por el consejo y mandamiento de D. Felipe, le enaltescen y predicen como capaz de habérselas, no solamente con expedientes en su despacho, sino también con los enemigos todos de la Cristiandad y de la Iglesia en aquel siglo?

Tales fueron las ocupaciones y diligencias laudabilísimas de D. Felipe después de tener en su cabeza la corona real de Inglaterra, y la nación entera en manos del Padre Santo de Roma. Hombres de torcido criterio é ignorancia han escrito y propalado que, siendo la virtuosísima Reina María fea, pequeña y mayor en años que su marido, se vió de él muy pronto desairada y aún aborrecida. Y añadieron que todo ello junto empujó al Rey á vivir entonces vida licenciosa y muy poco ejemplar. Lo cual dista tanto de la verdad, como el cielo de la tierra. El carácter y cualidades del Príncipe Prudente, según se le va estudiando, son de todo punto opuestos á las sendas y caminos del escándalo y de los vicios. Esta sola respuesta pudiera bastar á destruir el aserto gratuito de los enemigos de D. Felipe. Mas para mayor abundamiento, se puede presentar testimonio muy claro que nadie debe, ni apenas osa desoir ó despreciar. Ofrecélo una de las «Relaciones varias relativas al mismo suceso,» esto es, al viaje de Felipe II á Inglaterra, «dadas á luz por la Sociedad de Bibliófilos españoles» ¹.

Con efecto, en la «Carta segunda de lo sucedido en el viaje de S. A. á Inglaterra» se escribe lo siguiente: *SS. MM. son los más bien casados del mundo y más enamorados que aquí puedo escribir. No la dexa S. A.; siempre que vamos camino va con ella y la cavalga, y la apea, y la pone en su hacanea, y come algunas veces con ella públicamente, y van á misa juntos los días de fiesta, aunque la Reina no es nada hermosa, pues es pequeña y más flaca que gorda; es muy blanca y rubia; no tiene cejas; es una santa; viste muy mal* ². Estas palabras muestran solas con claridad y

¹ Imprimióse con el *Viaje de Muñoz*, en Madrid, 1877.

² «Carta en la cual se da relación de lo que ha pasado en el reino de Inglaterra después que el Príncipe D. Felipe entró en él, enviada por un cavallero que se embarcó con el Príncipe y pasó con él en aquel reino, y se halló presente en todos los actos que se hicieron, á otro cavallero amigo suyo en Salamanca.» (Biblioteca Nac., K. 165), impresa por la Sociedad de Bibliófilos Españoles con el *Viaje de Muñoz*. Madrid, 1877. Toda esta carta y otras que le siguen ponen harto bien de relieve, aunque sin intención, los sacrificios que hizo y las dificultades que hubo de vencer el Rey Prudente para dar paz, fe y verdadera religión á los ingleses, llenos de temores, odios y sospechas contra la polí-

persuaden que el Rey Prudente, verificado el casamiento con la Reina inglesa, no mancilló, ni en un ápice, su honor, limpieza y reputación, sinó que desempeñó cumplidamente el oficio difícil y elevado que le encomendó entonces la Divina Providencia, el Romano Pontífice y la política cristiana de Europa ¹.

tica y gentes de España. Muestran asimismo con cuánto tino supo sujetar y reprimir el ímpetu natural y la susceptibilidad de los nobles y caballeros españoles de su comitiva, cuando en mil ocasiones se veían ó conceptuaban ofendidos por los desaires y desprecios de aquella «gente bárbara,» como dice la carta tercera, «é herética, que no tienen cuenta en sus ánimas é conciencias, ni temen á Dios y sus Sanctos ni conocen obediencia al Papa...» (Carta tercera de las relaciones susodichas.) ¡Con cuánta razón el común sentido de la Historia apellida Prudente al Rey de España Felipe II!

¹ Según Prescott y Holinshed, vol. IV, pág. 62, la entrada de los reinos esposos en Londres fué grandiosa y solemnísimas. Los edificios estaban todos colgados de mil varios primores y galanuras, y las calles principales llenas de arcos de triunfo. Uno de ellos representaba á Enrique VIII con la *Biblia* en la mano: «Et le chancelier Gardiner en fit un reproché à l'artiste en disant, que le livre divin serait mieux aux mains de la Reine Marie, si zelée à retablir le vrai culte fondé sur les Ecritures. Le malheureux artiste ne perdit pas un instant pour réparer son erreur...»



CAPÍTULO V.

I.

RENUNCIA EL EMPERADOR EN D. FELIPE SU HIJO.

HABIENDO puesto el Rey D. Felipe término cabal y cumplidísimo á aquella grande hazaña de tornar el reino entero de Inglaterra á los brazos de la verdad y fe católica, gastaba el tiempo sin perder momento en restaurar templos y monasterios por toda la Isla; recoger en ellos comunidades de entrambos sexos; proporcionarles rentas y bienes; poner en su debido lugar las cosas eclesiásticas; llamar las ciencias, las artes cristianas y los cultivadores de ellas; darles sitial honroso en las universidades y claustros monacales; finalmente, en dar remate al perfeccionamiento interior de aquella obra gigante, fruto digno de tan católico y piadoso monarca. Y cuán brillante y laudatoria sea esta acción heroica en la historia y vida de Don Felipe, decláralo por un lado el gozo y complacencia suma que produjo en el ánimo de todos los católicos del mundo; y por otro, la rabia ó malos ojos con que lo vieron los herejes, apóstatas y demás servidores del reino satánico ¹.

¹ «Luego entendió en la restauración de las universidades de Oxford y Cantbrigia; y cometi6 á Ormaneto, que después fué Obispo de Padua, var6n insigne en piedad y letras, la lección de las ciencias y elección de los profesores dellas... Entendió también en la restauración de los templos y monasterios, y recogió los frailes y monjas en ellos y en la